

## Flamenco

### *Un pedacito de vida*

#### 'AFECTOS'

Coreografía: Rocío Molina / Música original: Rosario La Tremendita / Contrabajo y *lo-ops*: Pablo Martín / Dramaturgia, escenografía e iluminación: Carlos Marquerie / Escenario: Teatro de La Abadía. 30 de mayo  
Calificación: ★★★

#### CRISTINA MARINERO / Madrid

El flamenco nació como arte individual, de expresión personal, con el público muy cerca, casi rozándolo. Y así es como mejor se saborea: en la espontaneidad tabernaria, en el tablao o en teatros de pequeñas dimensiones. Da igual que haya pasado siglo y medio desde sus primeros balbuceos y que tenga su sitio en los grandes escenarios. La proximidad es su mejor aliado y, más aún, cuando hablamos de espectáculos basados en el baile individual.

Por eso la intimidad que proporciona el Teatro de La Abadía ha sido el mejor modo de ver a Rocío Molina y escuchar a Rosario La Tremendita, con el contrabajo de Pablo Martín redondeando la sobria propuesta. El público llenó el patio de butacas y, en sepulcral silencio, entró en comunión total, y desde los primeros segundos, con el derroche de baile, cante y música de cuerda que sucedía en escena.

Rocío Molina se ha convertido en una artista de moda, pero su talento constata que su arte está por encima de ellas (o debería estarlo). Es palpable al verla expresarse aquí con su inagotable discurso de movimientos y su vivencia profunda del impulso que los origina. Porque la malagueña extrae cada una de sus variaciones desde su interior, de su abdomen o su esternón, ya sea para zapatear o para hacer cosquillas al aire con sus dedos.

El buen baile flamenco hipnotiza a quien lo admira porque es vivido por quien lo interpreta. El bailaor o la bailaora, cuando es auténtico, como lo es Rocío Molina, se deja un pedacito de vida en cada actuación. Lo mismo sentimos con La Tremendita. Su cante, con la energía de hoy en día, nos lleva al pasado, a la raíz, y viajamos desde el asiento, agarrados a su voz rota, por toda una imaginaria de cafés cantantes y legendarias ventas.

La pionera de la danza moderna americana, Martha Graham, trabajó su técnica, basada en la contracción y la relajación desde el abdomen, tras ver el gesto corporal de pena en las personas. Ese ¡ay! que contrae el tronco –y que es el punto de partida de lo jondo– está en el baile de la Molina de forma natural, como también su gusto por el cambio de dinámicas y los graciosos contoneos de caderas. Eso sí, Rocío Molina es una mujer del siglo XXI y se mueve entre geometrías propias, sin pensar en lo puro o lo impuro de un arte, por contra, siempre en constante evolución.